

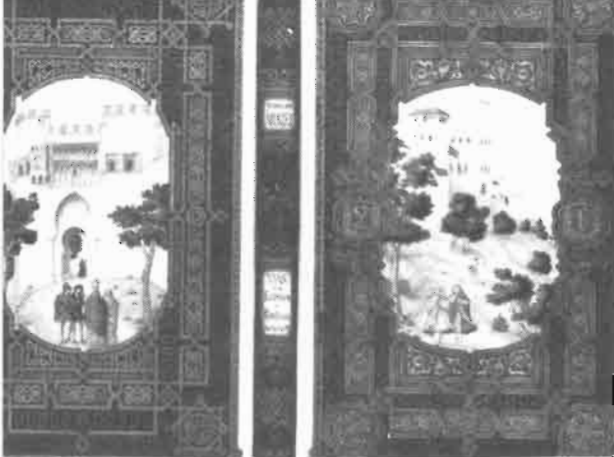


Figura 3: "En Albacete vivía un artista del libro de indudable personalidad, José Panadero, desgraciadamente fallecido en plena juventud. Especializado en la pintura sobre pergamino, en la que se mostró delicado dibujante y fácil y elegante decorador, ha llevado esta técnica al arte de la encuadernación, en la que representó lucido papel por su originalidad" (Matilde LOPEZ SERRANO. Ob. cit.).

inmediatos ni recompensa cierta, se estimó sonriente entre los suyos pero envuelto en la densa niebla del escepticismo. Sin embargo, el dominio que llegó a poseer de su arte y de su oficio fue el poderoso cincel que labró su prestigio" (5).

Una lacerante tristeza le acompañó siempre en Albacete, su ciudad; en ella se mantuvo recluso, limitando la exhibición de sus obras a algunas contadas personas entre las que distinguió a Don Francisco del Campo Aguilar. El ilustre periodista que se manifestó como articulista fecundo, confesaba su arrebato más tarde, en una nota postrera, afirmando no haber encontrado jamás palabras para ponderar "aquellas maravillas salidas de su mano", adjetivándolas entonces como "muestras de un arte inimitable y envidiable, caso único en la encuadernación artística española, de grandeza y paciencia" (6).

En los primeros años de la década de mil novecientos cincuenta José Panadero comenzó a viajar periódicamente;

al principio a Madrid, a Barcelona poco después, para ofrecer a libreros y bibliófilos su maravillosa producción. Fruto de esta etapa son las asombrosas encuadernaciones que se integraron en las colecciones de la Biblioteca Nacional, y de la Biblioteca de Palacio, y en otras particulares propiedad de Don Vicente Castañeda, los Duques de Alba y Maura y don Luis Calandre. En su época última dedicó mayor atención a los círculos catalanes; en Barcelona, su principal marchante fue entonces don Pedro Pujol y su más entusiasta comprador el catedrático Doctor Piulachs.

Ocupado con una permanente atención diaria y durante una larga dedicación que excedía crecidamente la jornada habitual de trabajo, el artista empleaba de dos a tres meses en la encuadernación y ornamentación de cada una de sus obras. Trabajando en silencio, solo, sin discípulos ni auxiliares, su obra no tiene continuadores, pudiendo calcularse alrededor de 70 los ejemplares nacidos de sus manos; y cada uno de ellos puede ser estimado como pieza única e inimitable.

(5) E. BRUGALLA. Ob. cit.

(6) Francisco del CAMPO AGUILAR. "De una exposición", en *NOTAS. La Voz de Albacete*. Agosto 1963.